

218  
DR. ANGEL FLORO COSTA

# LA CONQUISTA DEL DESIERTO

— — — — —  
Una visita  
al taller del pintor Blanes  
Su cuadro alegorico  
"La Revista sobre el Rio Negro"  
Reflecciones históricas,  
políticas y artísticas alrededor  
del gran cuadro

— — — — —  
1898

IMPRESA DE « EL SIGLO » — 23 DE MAYO 98  
MONTEVIDEO

218

DR. ANGEL FLORO COSTA

# LA CONQUISTA DEL DESIERTO



Una visita  
al taller del pintor Blanes

Su cuadro alegorico  
"La Revista sobre el Rio Negro"

Reflecciones históricas,  
políticas y artisticas alrededor  
del gran cuadro

B. 275

81.033



1893

IMPRESA DE « EL SIGLO » — 25 DE MAYO 58  
MONTEVIDEO

# LA CONQUISTA DEL DESIERTO

---

**Una visita al taller del pintor Blanes—Su cuadro alegórico “La revista sobre el Río Negro”—Reflexiones históricas, políticas y artísticas alrededor del gran cuadro.**

---

Tiempo hacia que estábamos en deuda con la vieja amistad que nos une al gran pintor.

Varias veces le habíamos prometido ir á ver el cuadro que en estos momentos está por terminar—pero como si el cuadro y el pintor fueran una especie de espejismo rebelde á nuestras miradas, los días y los meses pasaban sin alcanzar ese oasis de solaz artístico en que debían espaciarse nuestras miradas.

Por fin llegó el día y fuimos á visitar el taller en compañía de algunos amigos, entre ellos un general de nuestro país, compañero de aulas y de armas de alguno de los principales personajes que figuran en el lienzo.

El taller del gran pintor deja mucho que desear como ornamentac on artística—y aun podria decirse que es bastante inadecuado para trabajos de tan grande aliento.

Una mesita recargada de papeles y cuatro viejas sillas de mimbre, es todo su adorno.

Se diría que Blanes especula con esa escasa indumentaria para que no le molesten mucho los visitantes—y quizá tiene razon.

En una de esas sillas hubieron de perder su equilibrio *ad perpetuam*, los ciento quince kilos de nuestra ponderada humanidad, tan injuriada estaba esa silla por la acción del tiempo y acaso por las muchas humanidades que antes que la nuestra la habían oprimido.

Hasta el espejito, en que el gran pintor estudia el fenómeno óptico de duplicar la distancia focal del cuadro para encontrar el secreto de esa riqueza de tonos rembránicos que caracteriza su escuela, mas parece un espejito de poeta de sotabanco, que un instrumento apropiado de reflexión del taller de un gran artista.

El taller mismo, es pequeño para la dimensión de las telas que han salido de sus paredes y la gran tela de la *Revista sobre el Rio Negro* está en el como en un lecho de Procueto—pues casi mide el mismo largo que la pared del frente sobre que está recostado—esto es 7 metros de largo por 3 1/2 de alto.

Blanes recorre el espacio de esa gran tela, sentado en un aparato movable que sube baja por medio de un manubrio y á su voluntad—junto con el anaquel donde coloca las paletas, los tubos y pinceles, y el item más de un hermoso gato gris, que ha sido durante los cincuenta y dos meses de trabajo que lleva ya invertidos en el cuadro, el único compañero de sus penas y hasta el paciente electróforo, sobre el que el gran artista descarga mas de una vez en forma de pellizcos el exceso de electricidad positiva, que estremece el cerebro de todo espíritu sobreescitado por la inspiración del arte.

Y no se crea, que es pura vanalidad retórica eso de las penas del artista—no.

Pocas veces se habrá pintado un cuadro, en el que las dulces satisfacciones del arte, hayan estado mas saturadas con los punzantes dolores del corazón.

Blanes tenía dos hijos, á quienes idolatraba—que habia educado sin economizar sacrificios en las mejores escuelas del arte italiano y en quienes ya se gozaba en contemplar dos émulos.

Ninguno de los dos existe ya—Juan el mayor, fué trágicamente arrebatado á la vida hace mas de un

año, yendo en un tranvía, por la aleve lanzado un carro, dejando una familia en la orfandad

Casi por el mismo tiempo recibía el padre tristes nuevas de su otro hijo Nicanor, que viajaba por Europa, y que se supone haya perecido en algun otro accidente, cuando empezaba á sonreírle la gloria.

Del primero queda entre otras muchas telas la batalla de las Piedras, inconclusa, en la que el jefe del ejército español, coronel Posadas, hace entrega de su espada á Artigas, siendo el procer argentino don Gregorio Gomez, quien se recibe de ella.

Del segundo, esto es de Nicanor, queda casi concluido, el gran cuadro de la conduccion de los restos del general Lavalle, al través de las abruptas escarpas de los Andes

Ambas telas, por su escrupulosidad histórica y fidelidad en los detalles, así como por el colorido y la concepcion de la escena son dignas de figurar en los museos históricos del Plata.

Pues bien, de esa familia de preclaros artistas, tan solo queda el padre, que en los dinteles de la vejez, ha sentido el mayor sacudimiento moral que puede sufrir un hombre—la extincion de todos los suyos—y con ella todas las ilusiones que sonreían su existencia y le ataban á la vida por los mas caros afectos.

No habia alcanzado á pintar Blanes la mitad del cuadro, cuando tan hondas desgracias vinieron á poner á prueba su temple moral y su genio.

Preciso era sin embargo, sobreponerse á ellas—y hacer honor al compromiso contraído.

Preciso era que la inspiracion y el sentimiento estético volvieran á visitar su mente y serenaran su ánimo, proporcionando al artista las únicas fruiciones que podian ser un lenitivo á su lacerado corazon—las de la gloria y el éxito.

Y á este respecto no trepido en afirmar que Blanes lo ha alcanzado completo, en el gran cuadro La Revista sobre el Rio Negro, que para mí es el *capo-laboro* de cuantos ha pintado.

No hay que desconocerlo. El artista ama tambien sus creaciones—ama los hijos de su espíritu,—que

son las proyecciones plásticas de los ambrotipos de lo verdadero y lo bello, que almacenados en su cerebro, guían su mano buscando la materialización de sus formas en el lienzo.

No recuerdo quien tuvo la idea feliz durante la administración del doctor Juárez Celman de contratar al artista uruguayo, para que perpetuara en el lienzo, uno de los fastos nacionales más grandiosos y trascendentales de la República Argentina—La conquista del Desierto—que suprimió para siempre las fronteras interiores que separaban en aquel país la civilización de las hordas salvajes enseñoreadas de sus más ricos territorios—realizando en menos de un año la profecía de Avellaneda al Congreso del 78: —*Que para la República Argentina no hay otras fronteras por el Oeste y por el Sur que las cumbres de los Andes y el Océano.*

He oído decir que esa idea fué del doctor Pellegrini y lo creo porque hace tiempo que he podido observar que las emulaciones de los hombres superiores de aquel país, no se parecen á las emulaciones fósiles de los antiguos griegos.

Allí los laureles de Mitre no quitan el sueño á Roca—como los de Micidas á Temístocles—ni los de Roca á Pellegrini.

Las grandes energías de aquel país, para los que las contemplamos á la distancia, se desenvuelven en órbitas excéntricas, pero en el mismo plano del patriotismo. Todas ellas obedecen, acaso fatalmente, á las leyes de un dinamismo científico—buscando de un modo ú otro su equilibrio en el juego armónico de sus respectivos intereses, sin entrechocarse, sin empujarse—como lo prueba la política del acuerdo que tanto disgustó al principio al *chauvinismo* partidista—como lo prueba igualmente ese instinto traslúcido de los partidos que ha acabado por hacer del Senado Argentino una especie de Arcontado venerado por toda la Nación—y como lo prueba finalmente ese sistema binario del partido nacional, fenómeno nuevo en esta parte de América, en virtud del cual sus dos personalidades, más conspicuas combinan sus movimientos y sus luces, girando en torno

de un centro comun de gravedad, como esos astros gemelos que por millar de parejas pueblan el espacio

El secreto de estas armonías políticas — tanto como en un sentimiento de patriotismo clarovidente, debe buscarse en la extension del teatro en que se desenvuelven — el cual engendrando vastas necesidades colectivas, hace nacer en todos los espíritus superiores, el sentimiento de la grandeza de la patria que alimenta el orgullo y la ambicion de los nobles caracteres.

Nadie puede apreciar mejor estas cosas que los que hemos nacido en países pequeños, y vivimos empujados en ellos, dándonos de cabezadas con nuestras turbulentas miserias — proliferando la envidia que es la verdadera filoxera de las democracias de barrio — la cual acaba por comerse íntegros, el tronco, las ramas, las hojas y la savia de todo sentimiento generoso que transpire verdadera grandeza nacional.

*¡Macte animo!*

Pero dejando digresiones á un lado, aun cuando muchas otras tendrá que soportar el benévolo lector — y volviendo á la feliz inspiracion del doctor Pellegrini — huégame en anticiparle, junto con mis parabienes — que no tendrá por que arrepentirse de su nobilísima idea de haber querido que la *Conquista del Desierto* proyectada y llevada á cabo por su ilustre correligionario, el teniente general Roca, fuere á su vez asunto de reconquista para el arte uruguayo.

Esto quiere decir que segun mi leal saber y entender — algo escaso en materias de arte, por mas que allá en mis mocedades haya andado á la gresca con pinceles — el cuadro de Blanes, como composicion y ejecucion deja poco que desear.

El pintor ha interpretado con profunda filosofía la síntesis del gran episodio histórico que se le pedía — concibiendo una hermosa alegoría, en que están representados en el primer plano central, á caballo y en escorzo el general Roca, con un numeroso estado

mayor de casi todos los jefes que tomaron parte en la expedición del Desierto, al mando de sus respectivas divisiones.

Pero este grupo requiere una descripción esmerada y prolija que dejo para más adelante, á fin de dar una idea de los demás grupos del cuadro.

A la izquierda y en una perspectiva de tercer plano, aparece de pie el personal de la marina, que con la cañonera *Uruguay* primero y después con el vapor *Triunfo*, acompañó la expedición surcando por vez primera las aguas del caudaloso Río Negro.

Al frente de este grupo, con la gorra en la mano, se destaca el noble trasunto del comandante Guerrero, y el de los oficiales Barilari, Obligado, Falcone, Lascano, Funes, Oliva y otros, que ocupan hoy altos puestos en la armada—y formando parte del mismo grupo, entre otras figuras de curiosos, la de los sabios doctores Lorentz y Doerings, cuyos trabajos de exploración científica tanto recomienda en su parte al gobierno, el jefe de la expedición.

Completando el conjunto de este hermoso grupo aparecen varios apuestos marineros y grumetes, en cuyas caras se lee el ingenuo entusiasmo que debía despertar en sus almas el espectáculo grandioso de la gran revista y la gallarda postura del jefe y brillante estado mayor, á quien saludan las dianas de la victoria.

El grupo de la derecha que es la izquierda del espectador es de un efecto sorprendente á la vez que de un verismo insuperable—y no trepido en afirmar que como alegoría será imperecedera, porque, más que para el arte, encierra un mérito excepcional para la antropología americana.

Lo forma un grupo de indios sometidos y unos cuantos individuos de chusma de ambos sexos en diversas actitudes, arrojados bajo sus ponchos de guanaco, medio oculto el prognatismo de sus caras, por las crenchas que, mal sujetas por sus vinchas, les caen de ambos lados.

Las fisonomías de ese grupo, espresan el azoramiento natural que debía embargar aquellos incultos cerebros, ante el imponente espectáculo de la civili-

zacion triunfante, que los espulsaba para siempre de sus dominios y á la que humillados y sumisos sirven de trofeo simbólico en la gran alegoría del artista.

En medio de ese grupo, para hacerlo mas completo se destaca una blanca cautiva, esperanzada, sonriente, con un indiecito mestizo en sus brazos, que medio esconde su llorosa cara en su seno, cual si semejara una protesta atávica de su raza paterna, contrastando con las alegres esperanzas de la madre que acaba de ser rescatada para siempre de los brutales hastíos de la barbarie.

Dominando por fin ese hermoso grupo, cuyos tonos á lo Rembrand, recuerdan los del cuadro de la Fiebre Amarilla, pintado por el mismo autor,—aparece la atrayente figura del provisor y vicario general del arzobispado, que acompañó al ejército expedicionario, doctor Espinosa, con su breviario en la mano y en actitud exhortante de misionero evangélico de la fé cristiana.

Es el doctor Espinosa en la actualidad obispo *impartibus infidelium*, de no recuerdo que diócesis nominal de la Mesopotamia ó del Imperio otomano—y aun creo ha sido presonizado en la terna para el arzobispado de ese país.

Si los obispos de la cristiandad ganaran sus mitras como los mariscales su baston en los campos de batalla—fuerza seria reconocer que el doctor Espinosa ha ganado la suya en las inmensas etapas de Las Pampas argentinas, con aplauso del jefe expedicionario, de su gobierno y de la opinion pública de su patria.

El no ha tenido que vérselas, como la mayor parte de sus congéneres *impartibus* con infieles civilizados ó de fantasía—sino con infieles de verdad—de catadura feroz y salvaje, tan solo un grado superior á la de los papuas de las islas de la Oceanía ó un grado inferior á la de los esquimales.

Bien está que la Iglesia premie los méritos y virtudes de sus prelados, con esas congruas *ad-honorem*, en tierras de infieles renovando contra la Conquista Agarena una protesta platónica, que viene, desde el tiempo de los Cruzados.

Son larguezas inofensivas, pero que algun derecho dan á los meritorios á quienes se disciernen esas honras, para calzar una diócesis efectiva, de verdad, cuando queda vacante en la cristiandad, ó cuando el misionero de la fé cristiana, coadyuva á rescatarla para la civilizacion, exponiendo su pecho á los mismos peligros que el último soldado del ejército expedicionario.

Tales servicios son bajo otra forma la continuacion de los que los antiguos cruzados prestaron á la cristiandad.

Por eso nos llama la atencion que nadie haya pensado allí en propender á la ereccion de una diócesis jurisdiccional real y efectiva,—como, por ejemplo la de la provincia de Buenos Aires, con los territorios anexos de la Pampa Central, del Nauquen y Rio Negro—y preconizado para esa sede al único prelado ciudadano que para ella tiene títulos conquistados—al doctor Espinosa.

Esa sería la mejor recompensa que la nacion podría discernirle á ese meritorio prelado argentino á quien ni de vista conozco —y estamos ciertos que la idea que apuntamos no ha de caer en el olvido.

Consuélese entretanto el ilustre prelado, expedicionario del indiferentismo de sus contemporáneos, con la uncion balsémica que ha de traer á su memoria el verse transportado, en esa alegoría, á una de los márgenes del Rio Negro, difundiendo la eucaristía del cristianismo entre esas hordas de infieles, sometidas al vasto imperio de la cruz.

La inspiracion del pintor Blanes, interpolando su noble trasunto en ese grupo, equivale á una mitra.

Cuando el nombre y los méritos de todos los obispos y arzobispos contemporáneos hayan caido en el olvido de los tiempos y con la lámpara de la ciencia se busquen los méritos reales del clero argentino para comp'etar el calendario de la historia patria, gracias al cuadro de Blanes, el nombre del señor vicario expedicionario doctor Espinosa se recordará con respeto por las generaciones venideras, del mismo modo que el de todos los jefes que en prime-

ra línea cooperaron á conquistar para la civilizacion ese inmenso reino de Las Pampas.

Se reconocerá con gratitud que la ciencia representada por los doctores Lorentz, Doering, Nierdestein y Shulz—y la religion representada por el señor vicario Espinosa y el presbítero Costamagna, tomaron una participacion honrosa, en esa empresa de atrevimiento medioeval, concebida y llevada á cabo por el talento militar y económico del general Roca, merced á la cual, el pueblo argentino, puede enorgullecerse hoy de tener por fronteras los ciclopes andinos y las ondas telúricas del Atlántico y del Océano Antártico.

Pero sujetemos el pegaso de la fantasía y enfoquemos de nuevo nuestra mirada al cuadro.

En lontananza pero no tan lejos sin duda de las miradas del espectador, como el testamento del doctor Anchorena de las expectativas de los beneficiarios, se descubre en formacion, guardando todos los efectos de la más severa perspectiva, el ejército de las tres armas,—la infanteria en el centro y en sus dos alas la caballería y la artillería, esta última en el acto de salvar la bandera de Mayo.

Detrás del ejército se descubre la ancha cinta de plata del caudaloso Rio Negro, serpenteando al pié de los tupidos boscajes que cubren sus márgenes.

Segun las referencias que hemos oido del señor Blanes—la escena se desarrolla un 25 de Mayo frente al Choele-Choel—punto premarcado en los planes del general Roca para situar el cuartel general con el que debian corresponder y comunicar todas las divisiones del ejército que *asediaron y oprimieron á los indios en todas direcciones, hasta no dejar un solo lugar del desierto que pudiera crear una nueva amenaza contra la seguridad de los pueblos*—(Nota del general Roca, página 385, obra de Olazcoaga)

Es sin duda esa situacion central y convergente de todas las fuerzas sobre la línea del Rio Negro, frente á la isla de Choele-Choel—la que sirve de argumento á la grandiosa alegoría del artista—reconcentrando en ese escenario la mayor parte de los jefes y co-

mandantes de las distintas divisiones que operaban al Norte, al Sur, al Este y al Oeste; siendo de lamentarse que ya por las dimensiones de la tela, ya por no haber podido obtener los retratos, ó ya por ser excesivo el número, no figuren todos los jefes que tomaron parte en esas gloriosas campañas.

Veinte y dos figuras, y son quizá demasiado, se destacan á caballo y en escorzo, formando el gran grupo central, en torno del jefe de la expedición, general don Julio A. Roca.

Conozco personalmente á la mayor parte de esos militares, y de alguno que otro soy casi amigo—así que puedo dar testimonio del parecido que á mi juicio es sorprendente, admirable—y no dudo que cuando en Buenos Aires se exhiba esa tela, pocos han de ser los exigentes que pongan peros á la mayoría de esos retratos.

Blanes, como Delacroix, es eximio pintor de caballos—pero el caballo criollo difiere del caballo europeo—así como difieren en su postura nuestros ginetes.

Las cabezas, las patas, los cuellos, las ancas de nuestros solípedos, aun de aquellos que han mejorado de sangre, son distintos de los caballos europeos. Es este un fenómeno étnico de adaptación climatológica, que hoy tiene acabada explicación en la ciencia.

Las monturas, los frenos, los estribos, también difieren algo del equipo del militar europeo.

Se comprende entonces cuanto estudio requiere el conjunto como la multiplicidad de detalles de un cuadro semejante.

Se necesita ser una especialidad, ejercitada como Blanes, para salir airoso de tantas minuciosidades que por lo general son las que dan pábulo á las críticas insustanciables de los entendidos en el arte suyo, como aquel que se le fué á las barbas al divino Apeles.

No tengo frases como elogiar la correcta ejecución de la figura del general Roca, que como debe comprenderse es el protagonista del cuadro—ni sé cómo describir la vida que rebosa el corcel oscuro que

monta y que debe conocerle, como dicen que Bucéfalo conocía á Alejandro y Babieca al Cid.

El general está en actitud meditabunda, contemplando el horizonte, con el antejo en una mano y si mal no recuerdo las riendas en la otra.—Cubren sus hombros, como los del guerrero de Austerlitz aquel clásico *pardessus*, verdoso con cuello de pieles, que todos le hemos conocido y que acaso se conserva jubilado en su guardaropas, como una curiosidad histórica.

Su mirada opalina, que como yo le decía un día de amigable controversia política á mi distinguido amigo el doctor Rocha, tiene los fulgores astutos de la de un político florentino—se destaca magistruosa sobre la palidez mate de su semblante, revelando una inteligencia serena, equilibrada, profunda sin arrebatos sanguíneos, sin tempestades cutáneas, como la de Mitre, entalladas ambas en esa fría superioridad olímpica que engendra la plenitud de las altas funciones y el hábito de mando.

¿Qué visiones cruzan en esos momentos por el espíritu clarovidente del ilustre conquistador del desierto?

Su obra está terminada—Casi todas las divisiones del ejército expedicionario, han cumplido su deber—secundando con éxito matemático los lineamientos armónicos de su vasto plan, fundado menos en los escasos conocimientos que se tenían del vasto teatro en que debían operar que en las intuiciones científicas de la guerra moderna.

La política insegura, meticulosa, deficiente del doctor Alsina que creía quimérica la guerra ofensiva al salvaje, acariciando como la suprema aspiración del patriotismo asegurar las fronteras interiores hasta Carue—acababa de ser vencida y olvidada por el éxito brillante de un plan mas científico y atrevido (Olascoaga, correspondencia de Alsina y Roca—pag. 14 y siguientes), excogitado y realizado, de una sola pieza por el general Roca, sucesor del doctor Alsina.

Tiempo era ya que la nación dejara de ser tributaria de las dinastías bárbaras de la Pampa—que cesase el tráfico depredatorio que asolaba las fronteras de

cuatro provincias —y dejasen de ser una mera expresión geográfica, los mas feraces y extensos dominios de la nacion.

La concepcion de ese grandioso plan, entrevisto ya por el sabio Azara un siglo antes, segun lo expresa el doctor Avellaneda y el mismo general Roca, en su mensaje al Congreso, impetrando la ley de la expedicion —fué la obra exclusiva del genio práctico del general expedicionario que tuvo la gloria de darle cima en el campo de batalla.

Alsina, espíritu abnegado, previsor y patriota murió con la ilusion de que la línea del Carue y Rio Quinto era el *non plus ultra* de la conquista del desierto donde debian posarse las columnas de Hércules del genio de la guerra argentina:—Roca que conocía mejor que Alsina la curvatura de la Pampa, derribó esas columnas—y con su constancia y su talento militar fué mas allá—*plus ultra*—regresando victorioso como Gonzalo de Córdoba, para regalar á su patria reinos veinte veces mas extensos que los del gran capitán, pero sin sus complicadas cuentas.

Treinta ó cuarenta mil leguas conquistadas para la civilizacion, para el comercio y la industria argentina—es decir, la mesa puesta por el banquete del trabajo y para todas las razas desheredadas de la tierra—la amplitud inconmensurable de una riqueza territorial ni aun soñada por las mas atrevidas fantasías de los bardos—una claridad zodiacal iluminando desde ese dia todos los problemas argelinos que hasta entonces se escurrian sigilosos por los boquetes de los Andes—y por fin la vision esplendorosa de Azara, realizada como por encantamiento allí, sobre las mismas márgenes del Rio Negro en menos de un año por los solos esfuerzos de la fé y del patriotismo.—¿No será todo eso nos hemos preguntado en lo que está meditando el ilustre general expedicionario, al pasarnos dos horas largas contemplando el lánguido fulgor de sus pupilas con que lo immortaliza el lienzo de B'anes?

Tal vez así lo piense la posteridad—cuando vea cruzadas esas etapas sin fin—por canales navegables y por ferrocarriles—y centenares de ciudades, de vi-

llas y pueblos entonen el himno de la civilización, allí donde no hace quince años tan solo se oía el alarido estridente del salvaje, y las correrías piráticas del indio pehuenche y ranquelino.

En segunda fila á la derecha é izquierda del general Roca, sobresalen del grupo las figuras de los cuatro jefes expedicionarios, Levalle, Villegas, Racedo y Uriburu.

Señ cuatro espléndidos retratos ecuestres, en los que el pintor se ha mostrado no menos exuberante de tonos y de corrección estética que en el de Roca.

El de Levalle sobre todo, es para mí la segunda figura del cuadro. — ¡Cómo se vé animarse el semblante sonrosado, rico de vida y de intrepidez militar, de ese Murat argentino que cuenta por decenas sus proezas!

¡Cómo se siente el piañar de su fogoso corcel, á quien sin duda, incomoda el fleco de su histórico poncho de guanaco cruzado sobre las pistoleras, pero que así mismo deja á descubierto la pierna derecha; contorneada por el repliegue del pantalón rojo y la bota de campaña!

Es preciso ver los efectos que saca Blanes de las lacas cuando despliega su talento en el claro-oscuro de las ropas que visten sus personajes.

No terminaría si fuese á detenerme en la descripción de cada uno de los detalles de ese magnífico lienzo, que más impresos han quedado en mi memoria

¡Cuánta marcialidad en las aposturas de esos jefes! — ¡Cuánta nitidez anatómica en el laberinto de tanta pata de caballo, para que el conjunto se ofrezca á la vista con esa naturalidad elegante, que hace de un tropel de caballos en escorzo, uno de los mayores triunfos del arte de la perspectiva!

¡Solo los grandes pintores pueden superar y no siempre, esas barreras escarpadas del arte!

Entre las figuras de las otras filas, en que hay retratos de un parecido incomparable, como el de Pico, Gramajo, Olazcoaga Fotheringham, Winter y Leyria — no siéndome posible pronunciarlos sobre los demás por no conocerlos personalmente — hay dos

que cautivaron mis predilecciones—la de Mannel Campos y la del trompa de órdenes que está un poco atrás del teniente coronel Gramajo

Manuel Campos está como siempre hablando con el chisporroteo de sus ojos verdosos.

¡Cómo venían á mi memoria, aquellas agradables tertulias en que hace cinco ó seis años me encontraba con él tarde á tarde en el escritorio de Pepe y de Julian Martinez—á donde caían Amaro Arias, Garmendia, Pedro Olazabal, Laynes, Lucio Lopez, Enrique Godoy, Castex, Bengolea, un señor Cascallares, Dímet Madero, el fashionable Conde y otros que no recuerdo!

¡Cuán amenos eran aquellos *streple chases* entre Campos y Arias, rivales en rapsodias históricas, en crónicas militares, siempre amigos y siempre contradiciéndose en todo y á cual desplegaba más ingenio, más verba crítica sin ofenderse jamás, sin rozar siquiera la epidermis del amor propio!

¿En qué piensa Manuel Campos en el momento en que lo sorprende el lienzo fotográfico de Blanes?

¿Critica á Roca, á la revista, á las salvas, al casa-con circumpolar de Winter, al poncho *luan-luan* de Levalle? Porque la locuacidad fosforescente de Manuel Campos y la dulce é ingeniosa mordacidad de su crítica, están siempre en activa vigilancia, como los escuchas antiguos, en ese militar ciudadano; á cuyo denuedo astuto tanto debe la causa popular, que el 90 cambió la faz administrativa de aquel país.

Solo nos resta hablar del trompa de órdenes, que asustado quizá por las dimensiones de este artículo, empieza ya á tocar silencio.

Creo haber oído decir al pintor Blanes que había tomado del natural esa figura—esto es, que había pintado un trompa de verdad, y lo creo, porque es un tipo medio indiado, especie de mameluco en que la sangre de blanco está mezclada á la del aborigen; prognate, con lábios pulposos, tallados para embocar, no digo un clarín, sinó la misma trompa de un elefante.

Blanes, ha pintado en él una raza intermedia—ha

dado vida á los caracteres etnicos de un híbrido que como los aborígenes tiende á extinguirse antes de un siglo; como se estingue ya en el Brasil, á vista de ojos el cafuso, el caboclo, esfumando su sangre oscura en la del pardo ó mulato, luego en el cuarteron, en el que apenas queda ya uno que otro indiscreto pigmento que de'ate la impureza de la sangre.

Pero — es tiempo ya que alivie á mis lectores de insípidas descripciones sobre una tela que muy pronto va á ser exhibida aquí yalli, y entonces recién se podrá juzgar, si he sido justo ó exajerado. En todo caso yo no he hecho otra cosa que vaciar mi ingénuo entusiasmo en páginas desaliñadas, pues sigo creyendo que el que no sabe admirar es porque no sabe sentir — y yo aun cuando no soy artista ni literato, no por eso me creo destituido del sentimiento de las cosas bel as y reales.

Pronto tendrá la República Argentina el plantel de un museo histórico de pintura de sus glorias nacionales — al que ha contribuido á enriquecer con algunas telas el pintor uruguayo — *La Revista de Rancagua*, *La Apertura del Congreso*, y dentro de poco *La Revista del Rio Negro*, son tres fastos argentinos que merecen pasar á la posteridad.

Empero esta galería histórica no e-stá completa.

Hay un gran ciudadano en aquel país, que llena con su nombre esclarecido, un período de mas de cincuenta años de luchas en la historia argentina — ante quien se inclinan reverentes todas las cabezas, — que ha alcanzado ya la edad de los patriarcas — que ha luchado siempre con la espada, la palabra y la pluma por las libertades públicas — que ayudó con su brazo y con su sangre á derrocar las dos grandes tiranías del Plata — que fué compañero y jefe de los mas inclitos guerreros que lidiaron por la organizacion nacional argentina que condujo triunfantes y gloriosas las banderas de la nacion en la mas sangrienta guerra que registran los anales de Sul América — y que, sin embargo, no tiene un solo lienzo que perpetúe su gigantesca silueta ante la posteridad.

Ese personaje consular, ese ciudadano ilustre, es el teniente general Mitre—el *great old man* argentino.

¿Por qué sus amigos ó el Congreso no aprovechan los años que aun le restan de vida,—y del mismo modo que se ha hecho con el teniente general Roca,—se le glorifica ante la posteridad en un lienzo semejante?

Pabon, el 2 y el 24 de Mayo, ó sea Tuyutí, son fastos grandiosos que merecen conmemorarse, á la par que la Conquista del Desierto, que ellos hicieron posible.

Poblado de monstruos de raza caucásica estaban estas comarcas, los que era necesario estripar, antes que le legara el turno á los *dinastias de piedra* de Las Pampas.

Y uno de los Teseos que mas esfuerzos hicieron para depurar de esos monstruos el organismo del Plata fué el general Mitre fidei comisario ilustre de la escuela militar del general Paz.

¿No sería justo entonces llamar á un concurso artistico para un cuadro que simbolizase alguna de las muchas glorias de tan inclito militar?

Sea una batalla, sea una revista sobran artistas é inspiracion en aquel país, que acometan esa obra en vida del general Mitre, cuando siempre es mas fácil reproducir con fidelidad los rasgos del héroe y la escena en que brilla.

Allí descuellan ya Schiaffino, Delavalle, Giudici, Ballerini, Buchet y otros muchos artistas que podrían tomar parte en el gran torneo —y tengo para mí que á pesar de sus sesenta años, bien cumplidos, no se arredraría el gran artista uruguayo de confraternizar con los artistas argentinos.

Aun tiene el pulso firme y la cabeza segura para este género de atrezos artísticos y de excursiones históricas.

¡¡Honor á Blanes!!

Angel Floro Costa.